

dad de la mujer católica hácia las reliquias de los mártires, y darle una muestra de su reconocimiento por el cuidado que ha tenido siempre en conservar á la Iglesia sus más preciosos tesoros.

Pero no diremos más por ahora de la accion y de la gloria de la mujer católica, de la mujer de la Iglesia en los tiempos de los apóstoles y en la infancia de la Iglesia; porque deseamos principiar cuanto ántes á hablar de la grande y magnífica época de los mártires, en que la mujer católica se mostró tan grande y tan admirable en confesar la fe de Jesucristo, y obligó á los espíritus más obtinados á reconocer el poder de la gracia y de la verdad del Cristianismo.

SEGUNDA ÉPOCA.

ÉPOCA DE LOS MÁRTIRES, Ó LA MUJER MÁRTIR DEMOSTRANDO LA DIVINIDAD DEL CRISTIANISMO Y PROPAGÁNDOLA POR TODO EL MUNDO.

§ VII. — Martirio de las jóvenes. — Santa Ines. — Hipotiposis de su confesion por San Ambrosio. — Elevacion de su entendimiento y tranquilidad de su corazon en medio de los más horribles tormentos. — Santa Ines expuesta en un lugar infame. — Martirio de Santa Emerenciana y Santa Eulalia.

No es nuestro objeto referir aquí las maravillas de la constancia y de la fortaleza de la mujer cristiana en la confesion de Jesucristo; esto equivaldria á referir la historia de los tres primeros siglos del Cristianismo. Nos limitaremos, pues, á indicar algunos rasgos particulares, con que las mujeres mártires han manifestado la elevacion de su espíritu, y la ternura, la generosidad, la grandeza y la sublimidad de su alma, y han hecho sus padecimientos prodigiosamente fecundos para aumentar el número de los cristianos para gloria de Jesucristo y para edificacion de la Iglesia.

Comencemos por la más jóven de las nobles confesoras de la fe en Roma, Santa Ines, cuyo martirio cantó San Ambrosio en las

líneas que siguen, y que se consideran como uno de los más bellos trozos de elocuencia cristiana.

«Este dia, dice, es el dia del nacimiento para el cielo de una virgen; sigamos, pues, la integridad; éste es el dia del nacimiento para el cielo de una mártir; por consiguiente, inmolemos hostias (1); éste es el dia del nacimiento para el cielo de Santa Ines. Admírense los hombres, y no desesperen los niños mismos de poder hacer cosas grandes. Admírense las mujeres casadas, y animense las jóvenes á seguir este ejemplo. Pero ¿qué podremos decir que sea digno de aquella cuyo mismo nombre es un elogio? Porque, en efecto, el nombre de esta virgen expresa el pudor (2), su devocion fué superior á su edad, y su virtud fué superior á la naturaleza. Nadie es más digno de alabanza que ésta, que puede ser alabada por todo el mundo. Respecto á esta Santa, cada hombre es un panegirista» (3).

Se refiere que ella sufrió su martirio á la edad de trece años. La crueldad, pues, apareció más odiosa por no haber perdonado á una edad tan tierna; y por el contrario, la virtud de la fe cristiana aparece más grande, supuesto que en una edad tan tierna obtuvo un testimonio tan brillante (4).

Intrépida entre las manos sangrientas de los verdugos, inmóvil en el pavoroso ruido de las largas y pesadas cadenas que movian á su alrededor, ¡cuán hermoso era verla, unas veces presentando su cuerpo á la espalda del soldado furioso, dispuesta á la muerte ántes de haber aprendido á morir; otras veces, cuando la acercaban por fuerza á los altares de los falsos dioses, elevando sus manos á Jesucristo en medio del fuego, y confirmando, en presencia de las

(1) «Hodie natalis est virginis; integritatem sequamur. Natalis est martyris; hostias immolemus.» (*De virginibus*, lib. 1.)

(2) San Agustin, en su bello discurso de Santa Ines, observa tambien que la palabra *Agnès*, en lengua griega, significa castidad.

(3) «Natalis est Sanctæ Agnetis. Mirentur viri; non desperent parvuli; stupeant nuptæ, imitentur inuptæ. Sed quid dignum ea loqui possumus, cuius ne nomen quidem vacuum laudis est? Nomen virginis titulus est pudoris; devotio supra ætatem; virtus supra naturam. Nemo es laudabilior quam quid ab omnibus laudari potest. Quot homines, tot præcones.»

(4) «Hæc tredecim annorum martyrium fecisse fertur. Quod detestabilior crudelitæ, quæ nec minuscule pepercit ætati. Imo magna est fides, quæ etiam ab illa testimonium invenit ætate.»

llamas sacrilegas, la victoria del Señor, que triunfaba en ella y por ella; y otras veces yendo gozosa á buscar las cadenas que debian atar á su cuello y á sus manos! Pero no habia cadenas que pudiesen sujetar á un alma tan grande, aunque encerrada en un cuerpo tan pequeño (1).

Este era un género nuevo de martirio; no teniendo todavía la edad necesaria para sufrir la pena, estaba dispuesta ya para la victoria; pudiendo apenas combatir, pudo con facilidad ser coronada; y por lo mismo que su edad parecia oponerse á ello, la enseñanza y el ejemplo de la virtud que ella dió fueron más completos (2).

La mujer recién casada no se da tanta prisa para tomar posesion del tálamo nupcial como esta vírgen para ir al lugar de su suplicio. Vedla, acelerando el paso y llena de gozo por el feliz resultado que le espera; todos lloran por ella, y ella es la única que no llora. No se puede explicar cómo prodiga ella, con tanta facilidad como si hubiese vivido largos años, una vida que apenas ha comenzado. Todos están admirados al ver que una niña, que todavía no puede disponer de sí misma, pueda ser un testigo perfecto de la Divinidad (3).

En vano el verdugo se presenta unas veces con un semblante terrible para infundirle pavor, y otras veces descendiendo hasta las caricias para seducirla; en vano tantos nobles jóvenes le ofrecen su mano, invitándola á las nupcias. «Es hacer una ofensa á mi casto Esposo, decia ella, esperar que yo pueda agradar á otro más que á Él. Yo no seré de nadie más que suya, porque Él fué el primero

(1) «Inter cruentas carnificum impavida manus, stridentium gravibus immobilis tractibus catenarum, tum furentis mucroni militis totum offerre corpus, mori adhuc nescia, sed parata; vel si ad aras invita raperetur, tendere Christo inter ignes manus, atque in ipsis sacrilegis focus tropheum Domini signare victoris. Tunc ferratis cola manusque ambas inserere nexibus; sed nullus tan tenua membra poterat nexus includere.»

(2) «Novum martyrii genus: nondum idonea poenæ, et jam matura victoriæ, certare difficilis facilis coronari: magisterium virtutis implevit, quæ præjudicium vehebat ætatis.»

(3) «Non sic ad thalamum nupta properaret, ut ad supplicii locum læta successu, gradu festino, virgo procesit. Flere omnes; ipsa sine fletu: mirari plerique quod tam facile vitæ suæ prodiga, quam nondum hauerat, jam quasi perfunctorum donaret. Stupere universi quod jam divinitatis testis existeret, quæ adhuc arbitra sui per ætatem esse non posset.»

que me eligió. Verdugo, ¿por qué tardas en herirme? ¡Perezca cuanto ántes este cuerpo, que puede agradar á unos ojos á quienes yo no quiero complacer!» Al decir esto, permaneciendo un momento en pié, oró, y despues se arrodilló y bajó la cabeza para recibir el último golpe. Este fué un momento supremo: parecia que el verdugo se habia convertido en la víctima, segun temblaba su brazo al dar el golpe. Él hiere, sin embargo, y todos palidecen y tiemblan á la muerte de esta jóven, y ella es la única que no tiene miedo de morir. Ved aquí, pues, para una sola hostia un doble sacrificio, para un solo testigo una doble confesion: la confesion del pudor y la de la fe. Ella permanece vírgen y alcanza el martirio (1).

Ved aquí otras elocuentes y sublimes palabras, por las que esta prodigiosa niña eleva todavía más la gloria de su martirio. El sacerdote Ambrosio, escritor distinto de San Ambrosio el doctor, nos las ha conservado, y la Iglesia las ha intercalado en el oficio de Santa Ines.

Cuando el hijo de Sinfonio, pretor de Roma, se presentó á Ines, á quien amaba en extremo, y le declaró su amor, presentándole una multitud de alhajas de oro y plata las más bellas y ricas, y las más á propósito para lisonjear la vanidad y excitar la ambicion de una jóven, la noble vírgen arrojó con horror aquellos lazos de Sathanas, y exclamó: «Apartaos de mí, incentivo de la muerte. Ya tengo otro Amante, que me ha dado adornos más preciosos que los vuestros. Ya me he desposado con Él por el anillo de la fe. Él me ha decorado con la corona de sus esposas. Él me ha enriquecido con las piedras preciosas más bellas y más resplandecientes, Él me ha manifestado tesoros incomparables, los cuales me ha prometido si le soy fiel; Él ha santificado mi frente y hermosado mis mejillas con su sangre. Pues bien, á Él solo quiero guardar mi fe,

(1) «Quanto sermone egit carnifex ut timeretur! Quantis blanditiis ut suaderet, quantorum vota, ut sibi ab nuptias proveniret! At illa: Et hæc sponsi injuria est spectare placituram; qui me sibi prior elegit accipiat. Quid percusor, moraris? Pereat corpus quod amari potest oculis quibus nolo. Stetit, oravit, cervicem inflevit. Cerneret trepidare carnificem, quasi ipse abditus fuisset; tremere percusoris dexteram. Pallere ora alieno timentis periculo, dum puella non timeret suo. Habetis igitur in una hostia duplex martyrium, pudoris et religionis. Et virgo permansit et martyrium obtinuit.»

para Él solo quiero conservar mi corazón. ¡Oh! ¡Cuán dichosa soy al hallarme prometida á Aquel á quien sirven los ángeles y cuya hermosura causa la admiración de la luna y del sol! Á Jesucristo, hijo de Dios, es á quien amo y con quien voy á desposarme. Yo soy única y exclusivamente de ese grande y sublime Personaje, de ese Personaje único, cuya Madre es una Virgen, cuyo Padre no conoce mujer, á quien yo puedo amar sin dejar de ser casta, á quien puedo tocar sin dejar de ser pura, y á quien puedo abrazar como mi Esposo sin dejar de ser virgen » (1).

Furioso Sinfronio de que Ines rehusase las bodas de su hijo, la amenaza con llevarla á un lugar público para que sea deshonrada. « Yo no temo esa amenaza, le dice la valerosa virgen; ese lugar infame no podrá imprimir en mí la más pequeña nota. Yo tengo conmigo un ángel del cielo que sabrá guardar y defender la integridad de mi cuerpo. Jesucristo, el Hijo único de Dios; Jesucristo, á quien tú no conoces ni quieres conocer, es para mí un muro de bronce; una defensa inexpugnable » (2).

Su confianza no la engaña. Dios no permite que las carnes immaculadas de la virgen sean profanadas ni aun por las miradas sacrilegas de la impureza, que se dirigian á ella. Despojada de todos sus vestidos terrenos para ser ofrecida totalmente desnuda á la curiosidad de la multitud, se encuentra vestida con una túnica celestial á la que la mano impura del lictor no se atreve á tocar. Creciendo en un momento su larga cabellera, y extendiéndose de una manera prodigiosa, cubre por todas partes hasta los piés el cuerpo angélico de la esposa de Jesucristo (3) con una vestidura de oro; obra divi-

(1) « Discede à me, pabulum mortis : quia ab alio amatore preventa sum. A nullo fidei suæ subarravit me, et circumdedit me bernantibus et micantibus gemmis, et, tamquam sponsam, decoravit me corona; ostendit mihi incomparabiles thesauros, quos mihi donaturum repromisit. Sanguis ejus ornavit genas meas. Ipsi soli servo fidem; ipse me tota devotione commito. Ipsi sum desponsata, qui angeli serviunt, quem sol et luna mirantur. Amo Christum, in cujus thalamum introibo, cujus Mater virgo est; cujus Pater feminam nescit; quem cum amavero, casta sum; cum tetigero, munda sum; cum accepero, virgo sum. » (*Brev. Rom.*)

(2) « Quod lupanar mihi mineris, nihil inde vereor dedecoris. Habeo enim mecum, custodem corporis mei, anhelum cœlestem, qui nimio zelo meam tuebitur integritatem. Unigenitus Dei Filius, Christus Jesus, quem nescis, es mihi murus æneus. » (*Ambrosius, Act. Martyr.*)

(3) « Cum lictores suis Agnetem vestibus spoliassent, Christus protector

na, que la oculta y la embellece mucho más que otro vestido cualquiera, hecho por mano de los hombres (1).

Se la condena á morir en medio de las llamas, se la arroja en una hoguera; pero Dios, que la acababa de librar de las llamas espirituales de la lujuria, mucho más funestas para el alma, la libra también de las llamas materiales que iban á consumir su cuerpo. Estas llamas, convertidas milagrosamente en celestial rocío, en vez de quemarla la refrigeran; de modo que no es ya una víctima que se inmola, sino un pontífice que ofrece á Dios el sacrificio de la humildad, del reconocimiento y de la bendición. Elevando sus manos puras en medio del fuego, exclama: Yo os bendigo, Padre de mi Señor Jesucristo, que, por el poder de vuestro amado Hijo, habeis mandado al fuego que me respete » (2).

Finalmente, ved aquí la hermosa súplica que ella dirige en el momento en que va á ser decapitada: « Dios todopoderoso y terrible, exclama, el único digno de ser adorado y honrado por el hombre, yo os bendigo; yo glorificaré para siempre vuestro nombre, porque por la virtud y los méritos de vuestro Hijo unigénito me habeis concedido la gracia de triunfar completamente de todas las amenazas de los hombres impíos, y de pasar entre las obscenidades del diablo sin que mi pudor haya sufrido el más pequeño detrimento. Yo os confieso; pues, en público con mis labios, yo os amo con todas mis fuerzas, y deseo poseeros en mi corazón » (3).

Pronunciando estas palabras, sencillas, pero que encierran los

affuit, qui, ne virgineum corpus incestis spectantium oculis prostitueretur, prolixâ adusque talos comarum repente crescentium densitate protexit. » (*Rivadeneyra, ex Ambros.*)

(1) Nada es más bello ni más capaz de inspirar pensamientos celestiales que la estatua de mármol, obra maestra de Algardo, que representa este prodigio, y que se encuentra sobre el altar, en el mismo lugar infame donde la noble virgen fué depositada para que fuese violada, y que despues fué convertido en iglesia. Al mirar esta estatua se cree ver el rostro de un ángel que contempla á la Virgen desde el cielo.

(2) « Stans in medio flammæ, expansis manibus, orabat ad Dominum: Benedico te, Pater Domini mei Jesu Christi, quia, per Filium tuum, ignis extinctus est à latere meo. » (*Brev. Rom.*)

(3) « Omnipotens, tremende, adorande, colende, benedico te, et glorificabo nomen tuum in æternum; quia per Filium tuum unigenitum, evasi minas hominum impiorum, et spurcitas diaboli impolluto calle transivi. Te confiteor labiis, te corde, te totis viribus concupisco. » (*Ibid.*)

más elevados misterios, los más sublimes y más puros sentimientos del Cristianismo, recibió el golpe que la hizo subir al cielo y la entregó á su celestial Esposo.

Pues bien, ¿hay cosa más patética ni más sublime que estas palabras? ¿Hay cosa más imponente, más noble, más magnífica ni más extraordinaria que una jóven de trece años que se expresa en tales circunstancias con tanta sabiduría, con tanta calma, con tanta grandeza, con tanta majestad y con tanta gracia? ¿Puede acaso el fanatismo inspirar un lenguaje semejante? ¿Puede acaso la naturaleza humana, tan débil en el hombre, tan tímida en la jóven, y tan pequeña en el niño, obrar por sí sola tales prodigios? ¿No se percibe aquí el aroma de la gracia celestial exhalándose de un sér terreno? ¿No se ve aquí al mismo Sér divino comunicándose á su criatura, reflejando en ella y por ella, elevándola sobre sí misma, y manifestándose en ella y por ella de una manera sensible en todo el esplendor de su poder y de su majestad?

No es, pues, extraño que, cuando esta tierna vírgen, bella como los querubines y pura como los ángeles, fué encerrada en un lugar de prostitucion, convirtiese aquel mismo lugar en santuario de la virginidad y en templo de la fe. ¡Oh! ¡Qué bello espectáculo, exclama San Máximo, presenta Inés en sí misma al paganismo atónito! Ella aparece en el lugar de la torpeza como una piedra preciosa incrustada en los rayos de la castidad. Ella convierte en oratorio de los ángeles el lugar preparado para la perdicion de las almas. Ella hace que la virginidad salga coronada del lugar donde la castidad habia naufragado. Ella convierte á la pureza á los libertinos á quienes el pregonero convocaba al desórden. Ella hace que salgan puros los jóvenes que Satanás le enviaba manchados. Jesucristo encuentra tantos confesores y tantos enemigos del diablo, cuantos eran los hombres elegidos por el diablo para corromper la virginidad de Jesucristo. Todos ellos, despues de haber confesado á Jesucristo con la boca, en presencia de un pueblo inmenso y admirado de tales prodigios, lo confesaron con su sangre, y declarándose sus discípulos, consiguieron la corona del martirio (1). ¡Qué triunfo

(1) In prostibulo turpitudinis, in gremio apparuit castitatis. Migravit enim oratorium angelorum locus qui perditarum fuerat animarum; et ubi semper naufragaverat castitas, illic est coronata virginitas. Populos quos prece ad libidinem incitaverat, virgo ad castitatem obtinuit; quos ad eam diabolus in-

para Jesucristo! ¡Y todo esto lo hizo Dios por medio de una tierna jóven!

No se puede hablar de Santa Ines sin acordarse de Santa Emerenciana, vírgen romana tambien, de la misma edad de Santa Ines y su hermana de leche. No siendo más que catecúmena, esta grande alma, en un cuerpo frágil, llena de amor de Dios y de celo por la fe, no cesaba de echar en cara públicamente á los fanáticos adoradores de los idolos su crueldad y su furor contra los cristianos. Se irritan contra ella, procuran sorprenderla cuando oraba junto al sepulcro de Santa Ines, la amenazan con apedrearla si no reniega de Jesucristo. Ella rehusa terminantemente; sobre el sepulcro donde habia orado, habia recibido nuevas fuerzas para confesar á Jesucristo. Una lluvia de piedras cae sobre ella y llenan de heridas todo su cuerpo. Mas no importa: la confesion de Jesucristo sale de su boca tan constantemente, como su sangre sale pura de sus desgarrados miembros; y bautizada con su propia sangre, y abrazada á los restos amados de su celestial hermana, haciéndose mártir al mismo tiempo que se hizo cristiana, entregó á Dios su espíritu y voló al cielo (1).

Mas éstas no fueron las únicas vírgenes que sufrieron entónces el martirio á la edad de trece años; Santa Prisca, noble vírgen, natural de Roma, confesó tambien á Jesucristo á la misma edad, y aun con mayor mérito y más esplendor para el Cristianismo. La conducen al templo de Apolo y le mandan que sacrifique á los idolos; pero la jóven rechaza esta propuesta con horror. La abofetean en presencia del pueblo; pero ella sufre esta dolorosa afrenta y este cruel insulto con tanta calma y tanta mansedumbre, que el pueblo se llena de vergüenza, y se ven obligados á ocultarla de la vista del público. La encierran en una prision y la azotan de la manera más brutal, derramando sobre su cuerpo pez hirviendo; pero cuanto

quinatos induxit, illa à se mundos ejecit. Exhibat inde Dei servus, qui diaboli fuerat ingresus, et tot facti sunt Christi cultores, quot diabolus virginis se putaverat invenisse corruptores.» (S. Maximus, *Homil. in Nat. S. Agn.*)

(1) «Emerenciana, virgo romana, B. Agnetis colactanea, ad huc catechumena et fide et charitate flagrans, furentes in christianos idolorum cultores vehementius accusabat. Lapidibus obruta, incruentibus orans ad sepulcrum beatæ Agnetis, proprio sanguine, quem pro Christo constanter efudit, baptizata, animam Deo reddidit.» (*Brev. Rom.*)

más sufre más dispuesta se encuentra á sufrir por Jesucristo. Tres dias después la exponen en el anfiteatro para que sea devorada por un leon; pero esta fiera hambrienta, más humana y más generosa que el hombre, no osa tocar á la jóven virgen sino postrándose humildemente á sus piés (1). Todos se llenaron de admiracion al ver el doble prodigio de una niña tranquila é intrépida en presencia de un leon, y de un leon que se olvida del hambre y de su instinto feroz en presencia de una niña; y esta admiración del público, lejos de servir á los designos del tirano, contribuia á la victoria de la víctima y de la religion que le inspiraba tanta fortaleza. La ocultan de nuevo de los ojos del público, la encierran en un calabozo, la dejan tres dias sin alimento alguno, y en este estado de debilidad, pensando que agotadas las fuerzas de su cuerpo se agotarían también las de su alma, la colocan sobre un potro y desgarran con uñas de hierro sus delicados miembros; mas no pudiendo vencer su constancia en la fe, llenos de desesperacion la arrojan en un horno ardiendo, y el fuego la respeta como la habia respetado el leon. Finalmente, le cortan la cabeza en un lugar apartado de la ciudad para evitar un tumulto del pueblo, que ya se habia rebelado en otras ejecuciones semejantes. Así fué como esta admirable niña reunió la corona del martirio y de la virginidad (2).

Ved aquí otra ilustre virgen que muere por Jesucristo á la edad de trece años. Hablo de Santa Eulalia, martirizada en Mérida, capital en otro tiempo de la Lusitania. Desde su infancia habia manifestado el más ardiente deseo del martirio, juntamente con el más noble desprecio del mundo y de sus vanidades. Cuantas veces le era posible se escapaba de su casa para ver á los cristianos que eran interrogados ó atormentados por la fe. Sus padres, para impedir que repitiese estas fugas, que ellos llamaban *locuras peligrosas de*

(1) «Ducta ad Apolinis templum, ut idolis inmolaret, cum rem detestaretur, colafis cæsa, in carcerem truditur; atque inde emissa, cum in fidei constantia perseveraret, affecta verberibus, ferventique adipe delibuta, rursus in carcerem includitur. Post triduum, in anfiteatrum producta, leoni objicitur, qui, suæ feritatis oblitus, humiliter se ad ejus pedes adjecit.» (*Brev. Rom.*)

(2) «In ergastulo triduo inedia afflicta, in eculeo suspenditur, et unguibus ferreis excarnificata, in rogum injicitur. Unde etiam mirabiliter evasit incolumis. Extra urbem capite abscisso, virginitatis palmam martyrii corona cumlavit.»

niños, la encerraron en una casa de campo lejos de la ciudad. Pero este recurso fué vano: una noche se escapó sola y á pié á través de los campos, llegando por la mañana á Mérida; y presentándose al gobernador, que cazaba entonces á los cristianos como á bestias feroces, le dijo: «¿Buscáis á los cristianos? Pues yo lo soy también; yo también desprecio á los ídolos, porque nada son, y á los que los adoran, porque son necios. Vedme, pues, en vuestras manos; tratadme como tratáis á mis compañeros.—Niña, le responde el tirano, tú no sabes lo que dices. Adora, pues, al instante á los dioses, porque de otro modo haré que te pese mucho querer hacer causa común con los cristianos.» La única respuesta que dió la valerosa niña fué derribar el ídolo que se encontraba en su presencia, escupiéndole y pisando las ofrendas que le habian hecho. El gobernador, admirado de tal valor, dudó por el pronto; pero dando después libre rienda á su despecho y á su furor, hizo despojar á la jóven heroína y desgarrar su delicado cuerpo, hasta el punto de descubrirse los huesos. Durante esta horrible ejecucion, Eulalia, no sintiendo al parecer ningun dolor, con un semblante tranquilo y alegre contaba todos los golpes que le daban, diciendo: «Esto es bueno; ésta es una magnífica escritura que se estampa sobre mis miembros, y que graba en mí la victoria de mi Salvador Jesucristo.» No obteniendo nada el tirano con el hierro, manda que la atormenten con el fuego. Le aplicaron hachas ardiendo. El fuego prendió en sus cabellos, con que se tapaba el seno por modestia, y habiendo subido la llama á la cabeza, abrió la boca para recibirla y fué ahogada. Se la vió inclinar la cabeza al morir, y al mismo tiempo pareció que una paloma blanca como la nieve salia de su boca y se elevaba al cielo, representando su alma pura. Los mismos verdugos vieron este prodigio. La virgen Leocadia estaba entonces presa en Theda, y habiendo oido los tormentos de Santa Eulalia y de las otras mártires, se puso de rodillas y entregó su espíritu orando á Dios. (*Fleury, lib. VIII, ex Act.*)